

todo lo que era precioso y de valor: *Quidquid vero vile fuit, et reprobum, hoc demoliti sunt*: Y todo lo vil y desechado, y que no valia nada, eso destruyeron. Así hay algunos que se mortifican en cosas pequeñas y livianas; pero en las cosas mayores, que importan y les hacen mas al caso, perdónanse y quédanse muy vivos y muy enteros. Pues para aviso de estos, digo que lo principal en que tenemos de poner los ojos para mortificarlo y ofrecerlo á Dios ha de ser lo mas precioso. Va luego Samuel, y repréndele muy ásperamente de parte de Dios por lo que habia hecho, y hace que le traigan delante á Agag rey de Amalec: *Et oblatus est ei Agag pinguisissimus, et tremens, et in frustra concidit eum Samuel coram Domino in Galgalis*. I Reg. xv, v. 32. Hizo sacrificio de él á Dios. Pues eso ha de ser lo principal que habeis de sacrificar y ofrecer á Dios con la mortificación; ese Agag de vuestra hinchazon y soberbia, eso que reina mas en vos, esa impaciencia, esa condicion áspera y mala que teneis, ese deseo y apetito de ser tenido y estimado.

Hay algunos que todo su cuidado y toda su santidad y perfeccion parece que ponen en esto exterior, que se parece de fuera en traer una modestia y composicion muy edificativa, y que exteriormente no se les eche de ver falta ninguna; y con la mortificacion interior, que es la mas preciosa y su-

bida, no tienen cuenta ninguna, sino que se están muy vivos y enteros en su propia voluntad y juicio, y en su honra y estimacion; á los cuales podríamos decir en su modo lo que dijo Cristo á los escribas y fariseos: *Væ vobis Scribæ, et Pharisei hypocrite, quia mundatis quod de foris est calicis, et paropsidis, intus autem pleni estis rapina, et immunditia!* Matth. xxiii, v. 25. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que teneis mucha cuenta con la limpieza exterior de los platos y vasos en que comeis y bebeis, y dentro estais llenos de inmundicia, de hurtos y de rapiñas! *Pharisee cæce, munda prius, quod intus est calicis, et paropsidis, ut fiat id quod de foris est, mundum*: Limpiad y mortificad primero lo interior, para que lo exterior sea puro y limpio; porque esa modestia exterior, si no nace de allá dentro de la paz y madurez interior del corazon, todo será hipocresía y fingimiento. No seais, dice Cristo nuestro Redentor, como los sepulcros blanqueados, que parecen por defuera muy hermosos, y dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Y en el mismo capítulo, aun mas á nuestro propósito, reprende á los mismos escribas y fariseos, diciendo: *Væ vobis Scribæ, et Pharisei hypocrite, qui decimatis mentam, et anethum, et cuminum, et reliquistis quæ graviora sunt legis, iudicium, et misericordiam, et fidem!* Matth. xxiii, v. 23. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos

CAPÍTULO XV.

Que no habemos de dejar las mortificaciones en cosas pequeñas, y cuán provechosas y agradables sean á Dios estas mortificaciones.

De tal manera habemos de poner los ojos en las cosas mayores, que no dejemos las menores. Este aviso es contra algunos que dejan las mortificaciones pequeñas, y no hacen caso de ellas, por parecerles que son cosas menudas, y que no está en eso el aprovechamiento y perfeccion. Este es un engaño muy grande, y así nos avisa tambien de ello Cristo nuestro Redentor en aquella misma reprehension que dió á los escribas y fariseos; porque no les reprendió porque tenian cuidado de aquellas menudencias, sino porque dejaban las cosas graves de la ley. Antes añade luego que es menester tambien hacer estas cosas: *Hæc oportuit facere, illa non omittere*. Matth. xxiii. Conviene, dice, que se hagan las cosas pequeñas; pero no se han de dejar las mayores. Muchas veces tratamos cuánto importa el hacer caso de cosas pequeñas y menudas, y no nos descuidar en ellas: y á la verdad él es un punto de tanta importancia, que merece ser tratado muchas veces para que no se nos vaya entrando por ahí tanto mal, como suele entrar por esos resquicios. Pero ahora solamente diremos lo que hace á nues-

hipócritas, que teneis mucho cuidado que no se quede por diezmar la yerba buena, el anís y cominos, y dejais las cosas mas graves de la ley, y no teneis cuenta con ellas! Esto es al pié de la letra lo que ahora vamos diciendo, que hay algunos que tienen mucho cuidado de mortificarse en cosas de poco momento y que no les cuesta nada; pero en lo que duele, en cosa que llegue á lo vivo, no hay tocar. Pues eso ha de ser lo principal que habemos de mortificar, aquella passion, ó aquel vicio, ó inclinacion ó costumbre mala que mas reina en nosotros, y nos lleva mas tras sí, nos pone en mayores peligros, y nos hace caer en mayores faltas. Por experiencia vemos que cada uno comunmente suele sentir en sí una, ó dos ó tres cosas, que son las que principalmente le hacen la guerra, y le impiden su aprovechamiento, y son causa de todo su desmedro. Pues eso decimos que es en lo que principalmente ha de poner cada uno los ojos para quitarlo y desarraigarlo de sí con la mortificacion; y por esto tambien solemos encargar que de esto principalmente se haga el exámen particular, y que en esto se insista principalmente en la oracion, porque esa es la principal necesidad de cada uno.

tro propósito, que será declarar dos cosas. La primera, el bien grande que hay en estas mortificaciones. La segunda, cuán grande mal y daño nos puede venir si nos descuidamos de ellas. Y comenzando de lo primero, cuánto agradan á Dios las mortificaciones, aunque sean en cosas pequeñas, y de cuánto valor y mérito sean delante de él, entenderáse bien por aquí: en la mortificación no se ha de mirar tanto á las cosas que hacemos, cuanto á que negamos y quebrantamos en ella nuestra propia voluntad; porque eso es propiamente el mortificarse y negarse á sí mismo, que Cristo nuestro Redentor nos pide en el sagrado Evangelio. *Matth. xvi, v. 24.* Pues esta propia voluntad también se niega y quebranta en las cosas muy pequeñas, como en las muy grandes, y aun algunas veces mas, como cuando son mas contra nuestra voluntad, como lo experimentamos muchas veces que sentimos mas dificultad en algunas cosas pequeñas que sintiéramos en otras grandes; porque, como suelen decir, y muy bien, la mortificación no está tanto en las cosas, cuanto en la repugnancia de nuestra voluntad. De manera que en cualquier mortificación, aunque sea en cosas pequeñas, ofrecemos y sacrificamos á Dios nuestra propia voluntad, negándola y quebrantándola por su amor, y dándole la cosa mas preciosa, y mas querida y amada que tenemos; porque no tenemos cosa

de mayor valor, ni que mas queramos y estimemos, que nuestra propia voluntad, y dando eso lo damos todo.

San Ambrosio (1) pondera á este propósito aquel hecho de David, cuando estando en campo contra los filisteos, dice la sagrada Escritura que: *Desideravit, et dixit: O si quis daret mihi aquam de cisterna Bethlehem!* Deseó, y dijo: ¡Oh quién me diese un poco de agua de la cisterna de Belen! que estaba de la otra parte de los enemigos. Oyendo esto tres caballeros fortísimos, rompieron por medio del ejército de los filisteos, y trajéronle un vaso de agua de aquella cisterna; y dice la sagrada Escritura: *Qui noluit bibere, sed magis libavit illam Domino:* No la quiso beber, sino dice que la sacrificó y ofreció al Señor, derramándola. Gran cosa, por cierto, y gran sacrificio ofrecer á Dios un jarro de agua, dice san Ambrosio: gran sacrificio fue, y muy agradable á Dios, y basta contárnoslo la sagrada Escritura por hazaña de David, para entender que fue grande. Pero ¿por qué fue grande? ¿Sabeis por qué? Dice san Ambrosio: *Vicit ergo naturam ut sitiens non biberet, et exemplum de se præbuit, quo omnis exercitus tolerare sitim disceret:* Venció la naturaleza, quebrantó su voluntad en no beber, teniendo sed, y dió ejemplo á todo el ejército para que sufriese la sed. No fue solo el jarro de agua lo que ofreció,

(1) Ambros. in Apolog. de Dav. cap. 7, v. 1; I Paral. xi, 17.

sino la voluntad: esa es la que sacrifica y ofrece uno á Dios cuando se mortifica, aunque sea en cosas pequeñas, y por eso es sacrificio de mucho valor y muy agradable delante de su Majestad.

San Gregorio, lib. 27 Mor. capítulo 27, trae otro ejemplo del mismo David á este propósito, y también le trae san Ambrosio, *ubi supra.* Cuenta la sagrada Escritura en el segundo libro de los Reyes que David trajo el arca del Testamento á su ciudad de Sion con una procesion y solemnidad muy grande, y así como cuando acá se hace procesion el día del Corpus Christi el vulgo y la gente plebeya va con sus danzas y bailes delante del santísimo Sacramento; así es de creer, dice san Gregorio, que también entonces el vulgo y la gente plebeya hacia estas danzas y bailes delante del arca de Dios. Pues aquel potentísimo y fortísimo rey David, olvidado de su autoridad y grandeza, desnúdase de sus vestiduras reales, júntase con los danzantes, y comienza á danzar, bailar y tañer: *Quasi si nudetur unus de scurris*, II Reg. vi, v. 20; et I Paral. xv, v. 29, le dijo su mujer Micol: Como si fuera villano ó un hombre de placer. No se acaba san Gregorio de maravillar de este hecho de David, y dice: *Quid de ejus factis ab aliis sentiatur ignoro. Ego David plus saltantem stupeo, quam pugnantem:* No sé lo que otros sentirán de los hechos y hazañas de David: sientan otros lo

que quisieren; pero á mí, dice, mas admiracion me pone David cuando le veo danzar y bailar delante del arca, como si fuera un hombre plebeyo y bajo, que cuando oigo decir que despedazaba osos y desquijaba leones, y mas que cuando oigo que de una pedrada derribó al gigante Goliath, y venció á los filisteos: *Pugnando quippe hostes subdidit; saltando autem coram Domino semetipsum vicit.* Porque con esto venció á otros; pero con aquello venció á sí mismo, é hizo mucho mas en vencerse á sí, que en vencer á otros.

Pues estimemos en mucho estas mortificaciones, y guardémonos de menospreciarlas, porque no nos acontezca lo que le aconteció á Micol, que se afrentó y corrió de este hecho de David, y le despreció en su corazón por él, y le dió despues en rostro con ello: por lo cual la castigó Dios con esterilidad, que no tuviese hijo ninguno en toda su vida. Mirad no sea la causa de vuestra esterilidad y sequedad, así en la oracion como en el trato con los prójimos, de que no se os peguen, ni vuestras palabras se les peguen, y así no tengais hijos espirituales; el afrentaros ya de hacer las mortificaciones pequeñas, y el desdenaros de acudir al superior con cosas menudas, pareciéndoos que es cosa de niños y de novicios, y que ya no son para vos esas cosas, *trat. 2, cap. 7:* y mucho mas deben temer este castigo los que diesen en rostro con estas cosas á los

que ven que son muy observantes, y muy exactos y puntuales en ellas, notándolos como de escrupulosos ó de muy menudos, ó como haciendo burla y donaire de ellos, que es una cosa con que se puede hacer mucho daño, y de que debería uno tener mucho escrúpulo, porque cuanto es de su parte retrae á los otros de la virtud. ¡Oh qué bien respondió David á Micol! *Ante Dominum, qui elegit me potius, quam patrem tuum, et ludam, et vilior fiam, plusquam factus sum, et ero humilis in oculis meis.* II Reg. VI, v. 21. Delante de Dios, que me escogió á mí antes que á tu padre, juzgaré y danzaré, y haréme aun mas vil y mas bajo, y no me apartará de eso el que mofa y murmura de mí. ¡Oh, dice san Bernardo, ep. 87 in fin., *bonus ludus quo Michol irascitur, et Deus delectatur; bonus ludus, qui hominibus quidem ridiculum, sed Angelis pulcherrimum spectaculum præbet!* ¡Oh qué buen juego aquel con el cual Micol se enoja y Dios se deleita! ¡Oh qué buen juego aquel que al mundo parece risa, pero á los Ángeles es un admirable espectáculo! Este juego usaba el que decia: *Spectaculum facti sumus mundo, et Angelis, et hominibus.* I ad Cor. IV, v. 6. Pues usemos nosotros tambien este juego, y no hagamos caso del que dirán, dice san Bernardo: *Ludamus ut illudamur;* porque de esta manera serémos un espectáculo que es-pante al mundo, y admire á los Ángeles y agrade mucho á Dios.

CAPÍTULO XVI.

Del mal y daño que se sigue de menospreciar las mortificaciones en cosas pequeñas.

De lo dicho se podrá entender fácilmente cuánto mal y daño se nos puede seguir si menospreciamos las mortificaciones pequeñas, y nos descuidamos de ellas; porque no habemos de mirar tanto á la cosa pequeña y menuda en que nos dejamos de mortificar, cuanto á que no queremos negar ni quebrantar nuestra voluntad por amor de Dios, ni aun en aquello poco. Y hay aquí otro daño muy grande y muy digno de ser advertido, y es, que con esto va uno dando licencia á su voluntad para que en otras cosas salga tambien con lo que quiere; y así se va haciendo voluntarioso y apetitoso, fomentando y aumentando su propia voluntad. No entiende uno el mal y daño que en esto se hace á sí mismo: al principio es leoncillo pequeño esta propia voluntad; pero de esa manera irá creciendo, y se hará un leonfiero é indómito, que no os podais despues averiguar con él. Bien sabemos todos que la propia voluntad es la causa y raíz de todos los males y pecados, y del infierno tambien: *Cesset propria voluntas, et infernus non erit,* dice el glorioso y bienaventurado san Bernardo, serm. 3 de Resurrectione: Cese la propia voluntad, y no habrá in-

fierno. Pues con estas mortificaciones va uno quebrantando su propia voluntad y quitando la licencia de que salga con todo lo que quiere, que suele ser la raíz y causa de todos nuestros males y pecados. Y así dice Ricardo de San Víctor, in Cantic. p. 2, cap. 21, que pues el demonio trabaja en vencernos en culpas pequeñas, para que estando mas flacos nos venza en culpas grandes, que es justo que nosotros trabajemos tambien en vencernos y mortificarnos á menudo en cosas pequeñas, para que cerremos la puerta al demonio, y no nos pueda vencer en cosas mayores: y dice que habemos de comenzar por estas cosas pequeñas, para que con el uso vayamos cobrando fuerzas, y de la victoria de las menores vayamos subiendo poco á poco á vencer las mayores. Casiano, lib. 8, cap. 18, da tambien este aviso, y pone ejemplo, como cuando os viene un movimiento de ira con la pluma con que escribís, cuando no está buena, ó con el cuchillo, cuando no corta bien, ó con otras cosas semejantes: conviene mucho, dice, mortificar y reprimir esos movimientos desordenados, aunque sea en estas cosas pequeñas, porque con esta victoria, cuando se ofrecen despues ocasiones graves de disgustos é injurias de prójimos, se halla el siervo de Dios con fuerzas para mortificarse y para conservar la caridad y paz del corazon en ellas.

Y mas, hay otro bien en estas mortificaciones pequeñas que to-

ma uno de su voluntad, con que se evita otro daño y peligro grande, como nos lo enseñó Eusebio, varon santísimo, y lo refiere Teodoro in sua hist. Religios. Ejercitábase mucho este Santo en ellas, y preguntado por qué, respondió: Ensáyome contra las artes y ardidés del demonio, y procuro con esto que las tentaciones grandes con que él me habia de acometer de soberbia, lujuria, envidia y otras semejantes se conviertan en estas cosas pequeñas, en las cuales si yo fuere vencido no perderé mucho, y si venciere quedará mas corrido y afrentado el demonio, viendo que aun en estas cosas pequeñas no me puede vencer. Nótese mucho esto, porque es una verdad de que tienen mucha experiencia los siervos de Dios. Entended que mientras anduviéreis en este ejercicio de mortificaros en cosas pequeñas y menudas, se convertirán en eso las tentaciones del demonio, y vuestras tentaciones serán comunmente de esas cosillas: si haré esta mortificacion, si venceré esta repugnancia ó lo dejaré: que cuando quedeis vencido alguna vez en eso no perderéis mucho; pero si cesais de este ejercicio, y no tratáis de pelear con el demonio y contra vuestra carne en esas cosas pequeñas, él y ella os harán la guerra con otras tentaciones mayores, en las cuales, si quedais vencido, quedaréis perdido.

El bienaventurado san Agustín, tract. 2 sup. Joan., cuenta que un

hombre católico estaba muy enfadado con unas moscas que le molestaban mucho; llegó á visitarle un hereje maniqueo, y cuéntale su trabajo, que no se podía valer de las moscas, y que estaba muy tentado con ellas. Al maniqueo parecióle aquella buena coyuntura para encajarle su error, que era haber dos principios de las cosas, uno de las invisibles, que es Dios, y otro de las corporales y visibles, que decían los maniqueos ser el demonio, contra el cual error se pusieron en el Símbolo que canta la Iglesia aquellas palabras: *Visibilia omnium, et invisibilia*: donde confesamos que todas las cosas crió Dios, no solamente las espirituales é invisibles, sino también las corporales y visibles. Pues viendo el hereje tan buena ocasión para persuadir al otro su error, dícele: ¿Quién crió estas moscas? El otro, como estaba tan enfadado con ellas, y le parecían tan mal, no se atrevió á decir que Dios las había criado. Cógesela el maniqueo, y dícele: Pues si Dios no hizo estas moscas, ¿quién las pudo hacer? Dice el otro: El diablo creo que las hizo. Vuelve luego el maniqueo: Pues si el demonio hizo las moscas, como vos decís, la abeja es un poquito mayor que la mosca, ¿quién la hizo? No se atrevió el otro á decir que Dios había criado la abeja, y la mosca no, porque iba muy poco de la una á la otra: y así dijo, que si Dios no había criado las moscas, tampoco criaría las abejas. Fué el maniqueo

poco á poco llevándole mas adelante, y de la abeja pasó á la langosta, que es un poco mayor, y de la langosta á la lagartija, y de la lagartija al pajarito, y del pajarito á la oveja, y de allí al buey, y despues al elefante, y finalmente al hombre: *Et persuasit homini, quod non à Deo factus est homo*; y persuadióle que tampoco había criado Dios al hombre. Mirad á qué extremo de males vino á traer á este miserable el no saber sufrir una pequeña mortificación de unas picaduras de moscas; y así dice san Agustín: Guardaos no os engañe el demonio cuando estais tentado y enfadado de las moscas, como engañó á este desdichado, que con las moscas le cazó. Suelen, dice, los cazadores poner en el lazo moscas para cazar algunas aves, y así lo hizo el demonio con este desventurado, que con moscas le armó, y le cogió. Pues guardaos no os engañe á vos también el demonio cuando estais enfadado y tentado, triste y melancólico sobre cosas pequeñas y menudas, porque con estas moscas suele cazar el demonio á muchos, y llevarlos poco á poco á cosas mayores.

CAPÍTULO XVII.

En que se ponen tres avisos importantes en esta materia.

Para tres géneros que hay de personas pondremos aquí tres avisos, para consuelo de los unos

y desengaño de los otros. Las condiciones de los hombres son diversas: hay algunos que tienen unos naturales difíciles, y sienten gran dificultad, y gran repugnancia y contradicción de su carne para las obras de virtud, con lo cual andan desconsolados, pareciéndoles que es ya todo perdido (1). Para esto es el primer aviso consolatorio, que no está la culpa ni la imperfección en tener y sentir estas repugnancias y movimientos contra la razón, sino en seguirlos y obrar conforme á ellos; como en las tentaciones no está la culpa en los movimientos ó pensamientos malos y feos que nos vienen contra la castidad, ó contra la fe, ó contra cualquier virtud con que algunos se suelen afligir y desconsolar mucho. Dicen muy bien los Santos: no os fatigéis ni tengáis pena de esto, que no está la culpa en el sentimiento, sino en el consentimiento. Cuando á vos os pesa de esas cosas, y procuráis resistir y no hacer caso de ellas, antes son materia y ocasión de mayor merecimiento. De la misma manera es en las inclinaciones y condiciones malas que tenemos de nuestra naturaleza, unos mas, otros menos, de las cuales se nos levantan tan malos movimientos de nuestro apetito, y tantas repugnancias y dificultades para lo bueno: no está en eso el ser uno malo ó bueno, ni el ser perfecto ó imperfecto,

(1) Ludovic. Blosius, in Specul. spirit. cap. 6.

porque eso es natural, y no está en nuestra mano, sino que lo heredamos con el pecado. Y san Pablo con ser san Pablo sentía en sí esa contradicción y rebeldía de su carne, y decía: *Video aliam legem in membris meis repugnantem legi mentis meae et captivantem me in lege peccati, quae est in membris meis*. Ad Rom. vii, v. 23. Y san Agustín explica á este propósito aquello del salmo iv: *Irascimini, et nolite peccare*: Airaos, y no queráis pecar: *Id est, licet insurgat motus animi, qui jam propter penam peccati non est in potestate, saltem non consentiat ei ratio, et mens, sed mente serviamus legi Dei, si adhuc carne servimus legi peccati*: Aunque se levante allá en vuestro apetito el movimiento de impaciencia y de ira, no os dejéis llevar ni consentáis en él, y no pecaréis. Bramando iban aquellas vacas que llevaban el arca del Testamento, porque les habían quitado sus becerros, que naturalmente amaban; pero al fin dice la sagrada Escritura, I Reg. vi, v. 12, que iban su camino derecho, sin declinar ni á la diestra ni á la siniestra. Id vos por el camino derecho de la virtud, y no oigáis los bramidos de la carne, ni hagáis caso de ellos, y con eso podéis ser perfecto.

Esa es la diferencia que hay entre los hombres espirituales que tratan de perfección, y los carnales y sensuales que no tratan de eso: no está la diferencia en sentir ó no sentir dificultades y contradiccio-